

TERCERAS JORNADAS DE SOCIOLOGÍA DE LA UNLP

10 al 12 de diciembre de 2003

María Inés Rey

U.N.L.P.

Calle 44 n° 465 La Plata, e-mail robrin@netverk.com.ar

Mesa n° 12: “La institución imaginaria de la realidad”. Imaginario social, identidades y cultura

TITULO: IDENTIDADES SORDAS Y FAMILIA

El presente trabajo es una síntesis de la recopilación bibliográfica que se está realizando sobre el tema. Se ha consultado textos de especialistas provenientes de diversas disciplinas de las Ciencias Sociales (lingüística, pedagogía, psicología, psicoanálisis, antropología) y de miembros pertenecientes a la comunidad sorda.

La ponencia trata sobre las identificaciones (identidades en proceso) focalizadas en las relaciones intrafamiliares en su contexto social. Se deriva del Proyecto de Doctorado “Estrategias de identidad de los sordos en el ámbito de La Plata”. La idea inicial del Proyecto partió de la experiencia personal como miembro del Servicio Educativo del Museo de La Plata (1991-93) con grupos diferenciales de visitantes: jóvenes down, ciegos, sordos, indígenas y distintos sectores de clases sociales., a partir de verlos en situación de interculturalidad. Idea que, para el caso de los sordos, encontró asidero básicamente en la obra de Massone y Behares (Behares, Massone y Curiel 1990; Massone y Behares 1990; Massone y Curiel 1998; Massone y Famularo 1999; Massone 1990, 1994, 2001; Massone y Machado 1994; Behares 1991, 1999, 2003).

Aspectos generales

Históricamente, desde la perspectiva médico-patológica, los sordos fueron pensados como enfermos a rehabilitar mediante la enseñanza del habla. En el discurso pedagógico de la educación del sordo, se enfatiza la comunicación oral para “normalizar” al sordo, es decir, adquirir conductas de oyente. Se crea la entidad “discapacitado”. A diferencia de otras entidades médicas, la sordera anula en la práctica posterior de “cura” del paciente toda distinción entre lo terapéutico y lo educativo, subsumiendo lo educativo en lo terapéutico (Massone y Curiel s/f; Behares)

“Durante todo el siglo XIX y gran parte del siglo XX quien quería pensar la sordera tenía delante suyo una única alternativa, una única forma de narrar a los sordos: la normativa impuesta por la medicina, la medicalización, por las formas terapéuticas encapsuladas en el proyecto clínico hegemónico. La naturalización o biologización de los sordos, la marca de la supremacía oyente, la ilegitimidad de las lenguas de señas, el proyecto etnocéntrico de construir una cultura común – claramente bajo una perspectiva de normalidad – se constituirían en mecanismos poderosos para representar y hablar sobre los sordos. La curiosidad etnográfica nos trajo una nueva dimensión de análisis: los sordos ya no deben ser vistos como individuos, sino como parte”...”de una comunidad singular...” (Skliar, 1998, p.9, traducción propia).

En Argentina, la educación del sordo fue fundamentalmente oralista a partir de la aplicación de diferentes metodologías.

En la actualidad se presentan cinco grandes propuestas educativas para los sordos:

- 1- Oralismo. Cobra fuerza a partir de 1880. Se trata de que la educación del sordo sea un esfuerzo clínico, en función de un modelo oyente del desarrollo y funcionamiento lingüístico-cognitivo, en el cual la lengua oral es el objetivo principal.

- 2- Comunicación Total. Surge a mediados del siglo XX. El principio básico era trasladar desde el déficit audiológico o lingüístico-oral del niño sordo al déficit de comunicación, responsabilizando de esto a las condiciones del niño y a las de sus padres o maestros. Sus prácticas combinan la lengua de señas con lengua oral. La forma escolar privilegiada es la escritura.
- 3- Bimodalismo. Se pretende oralizar al niño sordo, utilizando desde el inicio la lengua oral reforzada con señas de la lengua de señas del país, realizadas simultáneamente.
- 4- Educación Bilingüe. Es estrictamente lingüística.
- 5- Educación Bilingüe-Bicultural. Propone la creación de una identidad bicultural confortable, al permitir al niño desarrollar sus potencialidades dentro de la cultura sorda, y aproximarse a través de ella a la cultura oyente mayoritaria. El enfoque bilingüe propone utilizar la lengua de señas de la comunidad a través de agentes provenientes de ésta, para permitir el acceso rápido y natural del niño sordo al curriculum y utilizar agentes de la comunidad oyente (maestros de sordos) para que el niño sordo tenga acceso a la lengua oral y escrita de esa comunidad y vea potenciado con este contacto de inmersión su adaptación e integración a ésta".
(Behares y Massone,1990, en Behares 1991).

En la década de 1980 en Uruguay, Venezuela, Suecia y Dinamarca se implementó el sistema educativo llamado Educación Bilingüe - Bicultural a nivel nacional. En los años 1990 Brasil, Italia y Argentina comenzaron a plantearse esta posibilidad a través de algunas experiencias.

En sistemas educativos como los de nuestro país, los niños sordos desarrollan simultáneamente su identidad deficitaria (no-oyente), debido a las presiones de la ideología oralista, y su identidad de sordos mediante la inserción temprana de comunidades sordas de pares (Massone 1989; Behares 1989). Se instaura una crisis de identidad que supera las expectativas del sistema, desarrollándose conflictos psicosociales inherentes a la sordera.

La interacción de las personas sordas se da, en su mayor parte, con otros sordos y esto ocurre en asociaciones, grupos deportivos, religiosos u otras agrupaciones sociales. La interacción con los oyentes es reducida, excepto con miembros oyentes de sus familias nucleares (Massone y Machado 1994)

“Una persona sorda es aquella que, por tener un déficit de audición, presenta una diferencia con respecto a lo estandar esperado y, por lo tanto, debe construir una identidad en términos de esa diferencia para integrarse a la sociedad y a la cultura en que le ha tocado nacer.” (Behares 1991, p.3).

De acuerdo con Behares, en esta afirmación hay cinco elementos que es conveniente aclarar:

1- Hablamos de “persona sorda”, y no de la sordera como de algo independiente de los individuos que la experimentan. Investigaciones de los últimos años han llamado la atención respecto a que la sordera implica más que lo que linealmente puede derivarse del tipo de déficit auditivo, para incluir la experiencia vincular con sus variaciones, los contextos psicosociales en que el niño se desarrolla y la polivalente diversidad de situaciones que esto implica.

2- Consideramos más adecuado referirnos a la persona sorda, y no a la persona deficiente auditiva. La palabra “sordo” es palabra común mediante la cual se hace referencia a la persona que no oye. “Sordo” es el término con el cual los sordos se refieren a sí mismos y a sus iguales. La utilización de este término y no la de deficiente auditivo, nos permite reubicar la elaboración del concepto de sordera en el marco de referencia sociocultural y sustraerlo del ámbito clínico.

3- Hacemos hincapié en la diferencia del sordo con respecto al oyente, porque creemos que es en ésta donde se centra lo fundamental de la sordera concebida en términos psicosociales, y no en la disminución en sí misma de una capacidad sensorial. El sordo no es diferente únicamente porque no oye, sino por el desarrollo de potencialidades psicoculturales

diferenciales, distintas a las desarrolladas por los oyentes. En las expresiones clínicas del tipo de “deficiencia auditiva” se establece una caracterización de la sordera con un procedimiento de resta, que lleva al concepto de minusvalía. Intentamos conceptualizar la sordera como “diferente-valía”.

4 - La expresión “lo estándar esperado” alude al oyente. La audición es una característica de lo humano estándar. Queremos trascender con el concepto de “estándar” el dato sensorial, ya que la cultura oyente abarca un conjunto de marcadores psicoculturales más amplio que la fisiología de la audición. La cultura sorda, a la cual están integrados la mayoría de los que no oyen, también se organiza en base a cualificadores psicoculturales más amplios.

5- La identidad de la persona sorda, en tanto que tal, no como oyente deficitario, sino como algo intrínsecamente diferente, debe ser el punto de partida para la investigación social en el área de la sordera.

La problemática de la sordera, tiene su origen en las construcciones sociales basadas en la visión clásica. La persona sorda es obstaculizada en la formación de su identidad de tal, ya que no se le permite la adecuada formación de su estructura psicocultural y se pretende que ésta se construya en base al modelo psicocultural oyente. El “déficit psicocultural” de los individuos sordos no es el resultado de su sordera biológicamente considerada, sino de su experiencia exclusiva con el modelo de la cultura oyente.

En el discurso pedagógico de la educación del sordo, el esfuerzo por normalizarlo, tiene su validación en la idea de que dotar al sordo de buenos mecanismos de comunicación oral le permite funcionar como si fuera un oyente. Al intentar “normalizar” se crea la entidad discapacitado que reproduce y profundiza el poder de la sociedad oyente sobre la comunidad sorda.

En los años 1960, investigaciones científicas han producido amplia evidencia sobre el hecho de que las lenguas de señas son sistemas lingüísticos naturales. El significado se vehiculiza a

través de señas manuales y formas convencionales de expresiones faciales y corporales. Los lingüistas han analizado estructuras, reglas y funciones de las lenguas de señas que constituyen parte estructural de las lenguas de señas nacionales (Massone y Machado 1994).

Ha sido demostrado que las lenguas de señas son lenguas complejas que poseen gramáticas sofisticadas e inventarios muy vastos de señas léxicas.

La investigación psico y sociolingüística y de pedagogía lingüística ha mostrado que el uso de la lengua de señas promueve el desarrollo emocional, social y mental del niño sordo; facilita la formación de conceptos, el desarrollo apropiado de la adquisición de conocimientos, la instalación de valores sociales y normas de comportamiento y un alto grado de competencia comunicativa en todo sentido.

Las lengua de señas y la Lengua de Señas Argentina, en particular, son lenguas naturales con los mismos principios organizativos y estructurales que las lenguas orales. Estas lenguas transmitidas en una modalidad viso-gestual, presentan todas las propiedades que los lingüistas han descripto como identificatorias de las lenguas naturales. (Stokoe 1979, Liddell 1977, Battison 1978, Klima y Bellugi 1979, Johnsony Erting 1978, etc., citados por Massone y Curiel 1998).

Cabe aclarar que la Lengua de Señas Argentina (LSA) es una lengua autónoma del español o de cualquier otra lengua hablada o de señas, con sus propios mecanismos internos para relacionar la forma visual con el significado. La LSA se caracteriza por propiedades generales presentes en su estructuración no propios del sistema lingüístico del español (Massone y Curiel,1998).

Algunos especialistas consideran que la comunidad sorda está integrada únicamente por sordos. Otros, afirman que dicha comunidad está integrada por los sordos y familiares oyentes, en especial, por los hijos de padres sordos.

En una situación concreta de sordera, además de la persona sorda, hay dos grupos importantes de personas oyentes implicadas existencialmente antes y después en el desarrollo de la historia de la persona sorda: la mayoría de los sordos tienen padres e hijos oyentes (Famularo 1990).

Massone (1998) considera que solo los sordos forman parte de la minoría sorda. Los oyentes forman parte de la comunidad de solidaridad, comparten con los sordos parte de sus luchas.

La comunidad sorda de Argentina se compone, aproximadamente, de un 95% de sordos cuyos padres son oyentes y de un 5% de sordos que pertenecen a familias sordas, porcentaje que corresponde al encontrado mundialmente. Y el 90% de los hijos de padres sordos son oyentes.

Identidades Sordas y Familia

La visión socio-antropológica de la sordera propone la depatologización de la persona sorda. Considera al sordo miembro real de una comunidad lingüística minoritaria y marginada, que posee una lengua propia y modos de funcionamiento socio-culturales y cognitivos también propios (Massone y Behares 1990)

La comunidad sorda se origina en una actitud diferente frente al déficit auditivo y no se define por el grado de sordera de sus miembros. Es decir, que el dominio de la lengua de señas y los sentimientos de identidad grupal y aceptación de la diferencia como diferencia y no como deficiencia, son los factores que determinan la pertenencia a dicha comunidad. El uso de la lengua de señas anula toda discapacidad.

Los sordos son miembros de una comunidad lingüística diferente y su diferencia con la comunidad oyente se debe a características culturales y no a una desviación de la norma oyente.

“...aprender una lengua, no es únicamente aprender una lista de palabras y frases”...”Es aprender a ver el mundo de una manera distinta. Aprender y aceptar que el mundo puede ser visto con otra mirada, la mirada del otro, la mirada de la persona sorda. Por eso, enseñar la lengua de señas implica también una manera de ver y de actuar en el mundo desde la experiencia de una persona diferente. La persona sorda que comparte su lengua, comparte su cultura” (Machado 1990).

Comprendemos a la identidad social como una construcción de sentido. Cada grupo social en cada momento histórico, crea y reproduce un orden significativo que da cuenta de su identidad. Los diversos grupos sociales, desde lugares particulares y diversos, ordenan el mundo diferenciadamente. Al apropiarse del mundo, ordenarlo, transformarlo y consumirlo, se reproducen a sí mismos como colectivos diferenciados. Es decir, se apropian del mundo Amaterial y simbólico reproduciendo su identidad particular. Los procesos de reproducción simbólica están sujetos a distinciones, diferenciaciones y a oposiciones entre grupos y clases sociales particulares (Aguado y Portal 1992).

La comunidad sorda no es homogénea, sino que se constituye en la situación intercultural, a partir de un conjunto diferencial de identificaciones familiares y de variaciones grupales.

“Uno de los aspectos que se han considerado como identificatorios de la existencia de una cultura diferente han sido la existencia de patrones propios de nominación de las relaciones parentales” (Massone, 2003,p.24). Massone y Jonson (1991) han demostrado que los sordos argentinos nombran a sus parientes con señas y relaciones de forma diferente a cómo los oyentes denominan a los suyos. Esta es la demostración más importante que determina que nos enfrentamos a una cultura distinta.

Los sistemas de parentesco constituyen uno de los universales de la cultura. La forma en que se expresa el parentesco y los tipos de comportamiento que surgen del reconocimiento de esta relación varían de una cultura a otra.

A pesar de que los sordos se han educado en un sistema oralista que usa exclusivamente el español, han desarrollado independientemente un sistema de parentesco que refleja una visión diferente de los parientes colaterales. Y es con respecto al tratamiento de los parientes colaterales, donde las diferencias se hacen más notorias.

Massone recogió datos de hablantes fluidos de la Lengua de Señas Argentina(LSA) DE Buenos Aires, Lanús, La Plata, Rosario y Mendoza. El sistema terminológico es un sistema lineal que distingue generaciones en la línea directa de Ego. Hay términos independientes como Abuelo, Madre, Padre, Ser-mismo, Hijo y Nieto. En sus formas más básicas no distingue género, excepto en el caso de los padres, los que tienen cada uno un término único. También posee dos términos básicos para Esposos.

Todos los parientes colaterales y afines próximos se clasifican bajo el único término básico: Pariente Colateral que no distingue generación y no varía en género.

Existen ciertas extensiones de este sistema básico, que no serán expuestas en esta ponencia.

En el caso del sistema terminológico de parentesco de la LSA no hay diferenciación de parientes colaterales, privilegiando las clases a las distinciones internas de sus miembros. Este hecho contrasta con el sistema del español en Argentina, que realiza diferencias generacionales y de género entre los parientes colaterales.

La mayoría de los sordos provienen de familias oyentes, en las que generalmente son marginados por su núcleo familiar cercano o por el resto de la familia. Esta situación combinada de relativa aislamiento de los sordos respecto a los oyentes dentro de las familias como en la sociedad, apoya la observación de Massone y Machado(1994) de que los parientes colaterales pueden ser para un sordo desconocidos o de poco interés. También la tendencia de los sordos a asociarse primariamente entre ellos, sugiere que los parientes colaterales son de menor importancia para los sordos que para la mayoría de los oyentes.

Una consideración que puede contribuir a clasificar a todos los colaterales bajo un único término es el uso de nombres señados o señas propias. Es habitual entre los sordos, que cada persona tenga un única seña propia. Con respecto a esto, Massone argumenta la hipótesis de que la categoría clasificada bajo la seña Pariente Colateral era aquella categoría de parientes a los que los sordos no les asignan señas propias. Se observó en varias ocasiones a hombres sordos que al hablar de su hermano lo hacían PRO Ser-Mismo o con su seña personal, pero al hablar de los hijos de su hermano se referían descriptivamente (PRO Ser-Mismo PRO hijo) o con la seña Pariente Colateral.

Parece ser que el grupo de parientes que pertenece a la familia nuclear o lineal es el que tiene señas propias.

De acuerdo a Behares, Benedetti y otros investigadores de diversas disciplinas, el proceso de socialización de NIÑOS SORDOS DE PADRES OYENTES es conflictivo desde sus inicios. El nacimiento de un niño sordo supone el largo proceso de establecimiento de un diagnóstico certero de sordera. En Estados Unidos, por ejemplo, el diagnóstico de sordera se produce entre los 9 y 16 meses de vida, según la profundidad o reversibilidad de la sordera (Freeman 1977 citado por Behares 1991). En cambio, en las poblaciones de la periferia de las ciudades o en las zonas rurales de algunos países del Tercer Mundo, este diagnóstico se establece a los 4 o 5 años. (Behares 1991). El nacimiento de un niño sordo supone un prolongado proceso para que los padres elaboren su frustración y acepten la identidad sorda de su hijo.

Ambos procesos son complejos e implican también a los especialistas que van a construir con ellos una determinada imagen social de los que es la sordera y de lo que es el niño sordo.

Los padres de sordos, recurren a profesionales especializados para desentrañar el porqué y el cómo. El diagnóstico de sordera cae sobre los padres con angustia y desazón. El niño se torna un extraño. Los padres necesitan tiempo para tramitar el dolor; duelen al hijo ideal y a los

padres ideales que quisieran ser. Si a los padres no se les permite un tiempo para poner su dolor en palabras frente a un psicólogo, puede suceder que acepten a medias la condición de sordo de su hijo y vivan con la esperanza (oralismo, implantes cocleares cuyos resultados están en discusión) de que algún día no se notará la diferencia.

“Las pautas de conducta que los padres adoptan en el hogar durante estos períodos derivan de su conflictiva interacción con los técnicos o terapeutas, quienes no en todos los casos integran equipos interdisciplinarios con psicólogos y asistentes sociales”...”en la mayoría de los países sudamericanos, los padres de los sectores socioculturales más carenciados reciben orientación técnica fundamentalmente de médicos, fonoaudiólogos, terapeutas del habla o maestros especializados en sordos de orientación oralista” (Behares 1991, p.5). En muchos casos, los profesionales aconsejan a los padres que sus hijos no tengan contacto con otros sordos; esta falta de contacto con sordos, la falta de contacto con una lengua accesible, la limitada comunicación con su familia y la significación deficiente de lo que ocurre anímicamente puede conducir al aislamiento y soledad del niño sordo (Kasez 1999). Desde la psicología esta investigadora relata casos de niños sin contacto con adultos sordos que, en la edad en que habitualmente los niños preguntan por la muerte, aquellos niños preguntaban si los chicos sordos mueren al terminar el colegio. El futuro, se les presenta como un lugar amenazante, peligroso, mortífero.

“En los primeros años de vida, el niño sordo no tiene acceso a la comunicación verbal, excepto en el caso de que sea objeto de una terapia del habla. Su relación con los padres se establece mediante mecanismos no verbales de interacción, limitados en los niveles conceptuales a las incipientes convencionalizaciones gestuales que puedan establecer con sus padres (Tervoot 1969, Moores 1979, Feldman 1978, Pereira 1983, Lemos y Pereira 1987 y Behares 1990 citados por Behares 1991). En este tipo de interacción puede desarrollarse una sintonía a la altura de las demandas cognitivas y culturales de los niños hasta

aproximadamente el año de vida”... “Es la forma de interacción madre-hijo, cuando ambos son oyentes (Behares 1991, p.5). Los niños oyentes “...pueden avanzar en su construcción social de la realidad, gracias a la incorporación de una lengua natural convencionalmente aceptada en la comunidad a la que pertenecen”...”los niños sordos no pueden naturalmente adquirir en tiempo y forma la lengua (oral) del grupo social en que nacieron. Aunque la terapia del habla comience tempranamente, no es científicamente posible esperar que la lengua oral se constituya inmediatamente en un instrumento natural de interacción y construcción cognitiva...”. Aún “...cuando los padres adquieran tempranamente lenguas señalizadas, no podemos afirmar que la limitación de base deje de existir...”(Behares 1991, pp. 5 y 6).

La vinculación interactiva temprana del sordo es deficitaria, no como derivado exclusivo de sus carencias de audición, sino fundamentalmente por el entorno socio-interactivo en el cual se construye la sordera. Las dificultades lingüísticas que aparecen en la interacción padres oyentes y niños sordos están vinculadas a las actitudes de los padres respecto a la adaptación real de la sordera de sus hijos.(Behares 1991).

La interacción entre niños sordos y adultos oyentes está estructurada por los adultos, de acuerdo a la idea que éstos tienen de sí mismos en tanto que oyentes miembros de una comunidad oyente y hablantes de una lengua oral (Erting 1985 en Behares 1991).

La identidad oyente de los padres no les permite elaborar en todos los casos soportes adecuados para la formación de la identidad sorda de sus hijos, de lo cual se deriva que su interacción primaria con los hijos está caracterizada por la abundancia de desencuentros (Edmonson 1980 en Behares 1991).

Según Behares, el desarrollo exocultural de los sordos hijos de oyentes, se caracteriza por el desencuentro. Lo que sucede en el período inicial de desarrollo parece instaurarse en forma

permanente como una base sociocognitiva perdurable, que sirve de asiento a las futuras adquisiciones.(Behares 1991).

Perlin,G, (Perlin 1999), del “movimiento sordo” de Río Grande do Sul, Brasil, distingue:

Grupo A: grupo sordo dominante. Son hijos sordos de padres oyentes. Se autoidentifica como sordo. El acto de identificación comienza cuando se entra en contacto con otros sordos; surge el encuentro con una nueva cultura. Su actitud contestataria es más fuerte cuando rompe el cordón umbilical con la comunidad oyente.

Grupo B: sordo hijo de padres oyentes, pero no consigue asumir su identidad como sordo por convivir en un ambiente de discurso oyente, donde cualquier representación de comunicación visual es rechazada y toda relación con la cultura sorda es prohibida. Poder y saber de los oyentes son el impacto traumático sobre estos individuos sordos. Se recurre a médicos, psicólogos, fonoaudiólogos y ellos, a su vez, piensan en la normalización (portadores de una identidad oyente).

Los padres de sordos se agrupan en asociaciones, transmiten sus creencias y valores.

Los adultos sordos, se agrupan en su mayoría en asociaciones. Frecuentan la comunidad oyente. Un gran número elige su cónyuge entre personas sordas. Transmiten sus creencias y valores.

La mayoría de los sordos contrae matrimonio con otros sordos. Las uniones maritales entre sordos y oyentes, en la mayoría de los casos, se disolvieron para luego darse nuevas uniones entre sordos.

Los sordos señantes prefieren formar pareja con otro sordo señante, alegando que cuando eligen a un hipoacúsico o a un sordo que no conoce la Lengua de Señas Argentina la comunicación entre ellos es imposible.(Massone y Machado,1994)

De acuerdo con la bibliografía consultada, SORDOS HIJOS DE PADRES SORDOS se vinculan con el mundo menos conflictivamente porque no hay malestar de los padres en relación a la sordera y la comunicación se desarrolla precoz y tranquilamente. Tal condición posibilita chances de alteración de las visiones estigmatizadas de sí mismos, porque pueden aprender a tener una relación consigo mismos y una observación diferente de la del oyente sobre la LS y tener la convicción de que la LS es indispensable en la construcción de una identidad de persona sorda.

Una crisis de identidad ocurre cuando hay una descentración de los individuos de su lugar en el mundo social y cultural cuanto de sí mismos. La identidad sólo se torna una cuestión cuando está en crisis: cuando algo que se supone fijo, coherente y estable es dislocado por la experiencia de la duda y de la incerteza.

Muchos sordos oralizados estuvieron apartados de experiencias que les permitieran descentrarse de los lugares sociales y lingüísticos que ocupan desde niños. Seguros en identidades impermeables a la duda.

Otros sordos, pueden conocer otra perspectiva y concepción de la sordera que les permite desistir en la búsqueda de una identidad de oyentes.

“El cuadro que presentan habitualmente los hijos sordos de padres sordos es radicalmente diferente al que describimos para los hijos sordos de padres oyentes” (Behares 1991, p.8).

Maestas - Moores y Meadow (Maestas y Moores 1980 y Meadow 1981 en Behares 1991), comprobaron que la interacción social y lingüística de las madres sordas y sus hijos sordos apenas se diferencia de las madres oyentes con hijos oyentes, debido al sistema lingüístico (LS) de aparición más temprana en la díada primaria y la respuesta menos traumática a la sordera en el seno de la familia sorda.

“Podemos caracterizar la interacción entre los hijos sordos y sus padres sordos en los mismos términos de la secuencia que se observa en el desarrollo del lenguaje y la cognitividad básica

del niño oyente de padres oyentes. El niño sordo evoluciona desde las etapas preverbales o de balbuceo (fundamentalmente visomanual) y va integrando en forma natural la convencionalización de su comportamiento comunicativo hacia una lengua determinada, en este caso la lengua de señas utilizada por sus padres. En el plano cognitivo y de asimilación de informaciones sociales y ambientales, el niño sordo de padres sordos es capaz tempranamente de funcionar como lo hace cualquier niño sin limitaciones a esa edad, tanto en los aspectos formales – funcionales cuanto en el volumen de contenidos que habitualmente absorbe”...”su desarrollo lingüístico cognitivo ocurre mediante una ilimitada condición de inserción social”...”,enfrentado a un modelo identificatorio confortable que logra conformarse, en la mayoría de los casos, en un marco intracultural ajustado. Las expectativas de los padres ante su sordera no resultan críticas para su desarrollo, y el sentido de pertenencia a una comunidad de iguales refuerza en ellos los sentimientos de autoestima y autovaloración.”(Behanres 1991, p.9).

“El niño sordo que interactúa desde su infancia con adultos sordos participa en forma natural y espontánea de la secuencia sociocognitiva propia de la especie humana. En cambio, los niños sordos de padres oyentes ven trabado su acceso a este formato sociocognitivo no solo por razones lingüísticas, sino también por las diferencias de percepción y organización del universo cultural que rápidamente se establecen entre él y sus padres.(Behanres 1991, p.9).

Perlin (1999) distingue un tercer grupo:

Grupo C: hijos de padres sordos. No tienen necesidad de una interferencia oyente. Son portadores de una posibilidad diferente; ya adquirieron la identidad sorda en contacto con los padres sordos. En los grupos sordos son una minoría. Son los más libres culturalmente hablando. El juego de poder oyente no los alcanza, como ocurre con los sordos del grupo B y no son tan radicales como los sordos del grupo A

Viven la vida de la familia como su grupo original y desde ahí alcanzan a los otros grupos de oyentes. Están individualizados, es decir, no hacen de la sordera una anormalidad. El objetivo del discurso del sordo de este grupo es la presentación de la alteridad. No interfiere la necesidad disciplinaria del poder oyente.

Los HIJOS OYENTES DE SORDOS, cuando son pequeños, no se agrupan en asociaciones aunque frecuenten los clubes de sus padres. Cuando crecen, pueden elegir seguir frecuentando la comunidad sorda o desligarse de ella, manteniendo solo el contacto con sus padres. En general, son descartados de la problemática de los sordos por encontrarse fuera del circuito de rehabilitación, aunque sus vivencias testimonian el resultado de la rehabilitación de sus padres. Son solicitados por cualquier tipo de profesional o cualquier otra persona, para que oficie de auxiliar en la comunicación con adultos sordos (Famularo 1990).

“La cuestión lingüística, la necesidad de la comunicación visual, la diferenciación cultural lingüística, el señar con las manos, son la condición para la producción del sentido de la identidad sorda. Aquí ella aparece como el espacio diferencial de significación, el lugar que permite que el decir sobre el sordo asuma un significado. Ser sordo no es algo vacío, es un indicio de una totalidad significativa” (Perlin 1999, p. 2).

Estas situaciones de interculturalidad descritas, constituyen un aspecto de la realidad compleja y muestran lo indisociable de las relaciones entre cultura y poder.

Somos conscientes, por otra parte que, en la sociedad moderna, las relaciones sociales de clase atraviesan las diversidades culturales, aunque pareciera que los sectores sordos tienen una marca cultural fuerte que, para Massone, llega a conformar relaciones de etnicidad. Relaciones sociales étnicas que serían reconocibles a partir de rasgos culturales tal como la LS, la pertenencia a asociaciones adscriptivas, formas particulares de parentesco, una

“ideología étnica” y la formación histórica de tradiciones propias, formas especiales de sociabilidad y su constitución como grupos minoritarios (Ringuelet 1992).

Bibliografía

- Aguado, J.C. y Portal, M.A. “Tiempo, espacio e identidad social”. En: Rev. Alteridades, 1991
- Behares, Luis. “El desarrollo de las habilidades verbales en el niño sordo y su aprovechamiento pedagógico”. Conferencia pronunciada en el XI Congreso Nacional de la Asociación Española de Profesores de Audición y Lenguaje (AEES-FEPAL). Mérida, España, 1991.
- Benedetti, María L. “¿Dónde está el niño que fui? (Hacia un encuentro con los padres de niños sordos)”. En: Rev. Desde Adentro (Publicación interna del Instituto Platense de Lengua de Señas Argentina, I.P.L.E.S.A.), Año1, nº1. La Plata
- Famularo, R. “Nietos de un dios menor”. En: Cuadernos de Investigación, nº 6, Fac. Fil. Y Letras, UBA,1990.
- Kasez, Ruth. “Reflexiones acerca de la importancia de la lengua de señas para el niño sordo y su familia”. En: Rev. Desde Adentro (Publicación interna de Instituto Platense de Lengua de Señas Argentina, I.P.L.E.S.A), Año 2,nº 2. L a Plata
- Machado,E. “Experiencias de una persona sorda” En: Cuadernos de Investigación nº 6, Fac. Fil. y Letras , UBA, 1990
- Massone ,M.I.y Machado, E. Lengua de Señas Argentina (análisis y vocabulario bilingüe). Edicial, Buenos Aires,1994)
- Massone, María I. y Curiel, Mónica. “Algunas consideraciones lingüísticas acerca de la L.S.A.”. En. Rev. Desde Adentro (Publicación interna del Instituto Platense de Lengua de Señas Argentina, I.P.L.E.S.A.), Año1, nº 1. L Plata.
- Massone, María I. Y Famularo, Rosana. “Interpretación en Lengua de Señas: la lengua de la comunidad minoritaria sorda”. En: Rev. Desde Adentro (Publicación interna del Instituto Platense de Lengua de Señas Argentina, I.P.L.E.S.A.), Año2, nº 2. L a Plata.
- Massone, María I., Simón, Marina y Druetta, Juan Carlos. Arquitectura de la escuela de sordos. Libros en Red. Madrid, 2003.
- Reynoso, Adrián. “La familia como eje de la educación e integración del sordo”. Discurso pronunciado en las Primeras Jornadas Bonaerenses sobre la Problemática Global del sordo”, La Plata, 1992

- Reynoso, Adrián. “Introducción a la problemática global del sordo”. En: Archivo de I.P.L.E.S.A. (Instituto Platense de Lengua de Señas Argentina).
- Ringuet, R. Etnicidad y clases sociales. En: Hidalgo y Tamango comp.. Etnicidad e identidad. CEAL, Benos Aires, 1992.
- Skliar, C. Prefacio a “Segredos e silencios na educação dos surdos”, Botelho, 1998